

Cuaderno ruso

ALFONSO ARMADA
Bartleby. Madrid, 2017
80 páginas, 13€

Alfonso Armada (Vigo, 1958), periodista, es autor de libros como *Fracaso de Tánger* y *Los temporales*. De *Cuaderno ruso* dice que se trata de “un libro contra los sueños que acaban en pesadilla”. Confiesa que su interés por la URSS (en un “pasado remoto”) “fue siempre más literario que político”. Estamos ante un viaje y una historia de amor. Con “incrustaciones portuguesas”, cabe añadir.

“La amé por las esquinas /en los escondrijos cordiales”, escribe. Y, a pesar de que “Yo también soñé mi sueño ruso”, aquello acabó mal. Al fondo, el asunto de la identidad: “No me siento orgulloso de mí mismo”. Más allá, el remordimiento de alguien que desconoce la inocencia: “Al menos sé que mi culpa es muy corriente/ entre la tropa común de los mortales”. Y la ideología: “No fui un buen *homo sovieticus*, ¡amé mi alma por encima de todas las cosas”. A los paisajes del frío (Moscú, Leningrado...) y sus poetas (Pushkin, Ajmátova y Brodsky, dedicatario del libro), se contraponen, ya se dijo, los atlánticos: Lisboa, Coimbra... “Ojalá fuera portugués”, leemos. Como Torga, al que evoca.

Escrito entre 1991 y 1996, hay algo de ajuste de cuentas en este libro nómada y áspero (“El infierno es uno mismo”) que cifra en mirar “nuestra miserable condición”. **A. V.**

Las primeras poetisas en lengua castellana

CLARA JANÉS
(ED. Y PRÓLOGO)
Siruela. Madrid, 2017. 250 pp, 18€



En plena vorágine vindicativa de la poesía femenina, resulta muy oportuno el rescate de esta antología de las primeras poetisas de nuestra lengua que editó hace treinta años Clara Janés, poeta imprescindible del panorama, y una de las siete académicas de la RAE; un libro que ahora regresa con más poemas, un nuevo prefacio y mejor aspecto.

“En nuestra tierra, la mujer escribía desde el

momento en que se pasó del empleo del latín al romance”, afirma la editora. Partamos de ahí. Con todo, no fue fácil. María de Zayas se dirige a los hombres que les dan “por espaldas ruelas y por libros almohadillas”, que “nos negáis armas y letras”. Más allá de momentos puntuales (el Japón de Shikibu, la Grecia de Safo, la Provenza del siglo X o el Al-Andalus de las poetisas árabes), todos anteriores a éste (que va del XV al XVII), la creación femenina ha seguido un camino complicado. Cuarenta y tres son las poetisas que componen esta obra. De Florencia Pinar hasta Sor Juana Inés de la Cruz (en la imagen). Algunas son muy conocidas, como la que acabamos de mencionar, santa Teresa de Jesús, María de Zayas, sor Ana de Jesús (destinataria del *Cántico espiritual*) y Antonia de Nevares, hermana del último amor de Lope de Vega, padre de sor Marcela de San Félix, autora de *El jardín del convento*. Y además del “Fénix de México”, hay una lisboeta: Violante Do Ceo; una peruana: Amarilis, y una napolitana: Luisa Manrique.

La variedad formal es notable. Encontramos sonetos, octavas, romances, villancicos, letrillas, madrigales, sátiras, lirias, décimas... Más allá de las obras indiscutibles (la de la santa de Ávila o la magistral de sor Juana Inés de la Cruz, de la que se incluye completo *Primero sueño*), destacaría la “Epístola a Belardo”, de Amarilis; el soneto “Al marqués de San Felice”, de Euterpe o el primero de Leonor de la Cueva; los poemas de las extremeñas Luisa de Carvajal y Catalina Clara Ramírez de Guzmán; y el “Himno en desprecio del mundo”, de sor Hipólita de Jesús. Como dije, un acierto.

ÁLVARO VALVERDE

El mundo se derrumba y tú escribes poemas

JUAN COBOS WILKINS
Fundación José Manuel Lara
Sevilla, 2017. 104 pp., 11'90€

Cobos Wilkins (Minas de Riotinto, 1957) antologó el grueso de su poesía en *A un dios desconocido* y, tras una década, publicó *Biografía impura* y *Para qué la poesía*. Aunque cree que ésta es incapaz de ofrecer respuesta a los problemas que acucian al ser humano, sólo ella puede de procurar ese refugio que le libre de la intemperie. Cae, “entre la pasión y la armonía”, y parece que nada ni nadie le sostiene. Sólo versos ante ese derrumbe.

En tono elegíaco, tras pasado de ironía, el poeta canta (lo himnico, paradójicamente, prevalece) su propia decadencia. “Sólo queda memoria del amor”, escribe. Su manera de decir no desdeña cierto preciosismo barroco que ensalzan palabras e imágenes llamativas en un constante juego metafórico al que se suman comparaciones sorprendentes.

El poeta se dirige a un tú de estirpe cernudiana con él que establece una suerte de diálogo que flota en la melancolía. Allí, la soledad, “la vida ya en despiece” por culpa de las ausencias y las pérdidas. La infancia como territorio feliz fija el anclaje al que sujetar esta deriva infligida por el paso del tiempo.

“¿Dónde estaba la vida?”, se pregunta el viajero, “sin equipaje siempre /y solitario”, que dice, como Robert Graves, “adiós” a todo esto. **Á. V.**